

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

BENGT, Danielsson: Anthropometrical Data on the Jibaro Indians; *Ethnos*, Vol. 24, Nos. 1-2, Estokolmo (Suecia), 1959, pp. 33-37.

Es, como el autor lo señala, un breve informe sobre la Antropología morfológica de los Indios Jíbaros. Aunque se funda sólo en tres medidas y un índice, y el número de individuos examinados es de 41 hombres y 19 mujeres, su mérito consiste en ser el primer trabajo que aborda estos aspectos en un grupo humano del cual se ha escrito y comentado tanto. Los individuos fueron examinados en las localidades de Patuca, Yurupaza y Yaupi de la región sur de la Amazonía ecuatoriana, y se determinó su estatura y el índice cefálico.

De acuerdo a los resultados obtenidos, los Jíbaros se ubican entre los pueblos de talla pequeña (hombres 154.2 cm.; mujeres, 141.9 cm.) y cabeza mesocéfala (hombres 79.7; mujeres 79.8).

Estos datos coinciden con los que nosotros hemos obtenido entre los Andidos de la meseta andina ecuatoriana (véase Santiana, A., *Antropología Morfológica de los indios de la región andina ecuatoriana*, México 1960). Las

diferencias que el autor señala entre los tres grupos de Jíbaros examinados no tienen, según nuestra opinión, mayor significado; son las pequeñas e inevitables diferencias locales. Este afirma que los Jíbaros forman un grupo independiente, sin afinidades culturales ni lingüísticas con las tribus que los rodean. Tal aserto nos parece exagerado al menos en cuanto a las primeras pues, como es sabido, los Jíbaros ofrecen el tipo de cultura propio de las tribus que pueblan los bosques tropicales de la amazonía sudamericana.

El autor compara luego las cifras obtenidas por él en su grupo Jíbaro con las que presentan los Arawak, Karib y Kechua, estudiados por Steggerda (Handbook, Vol. VI, 1950, pp. 58-62); pero debemos señalar que las que transcribe en su cuadro II (pág. 35) no concuerdan en lo que se refiere a las dos primeras con las de Steggerda.

El autor constata al terminar la exigüedad de las tribus aborígenes sudamericanas examinadas hasta el día de hoy desde el punto de vista de sus caracteres morfológicos, el pequeño número de individuos abordados en cada tribu y, por fin, los escasos caracteres medidos. Aconseja una investigación bien planeada, exhaustiva y urgente.

Antonio Santiana.

CIGLIANO, Eduardo Mario: Nota sobre un cráneo trofeo; Notas del Museo de La Plata, T. XIX, Antrop. Nº 71, La Plata, Argentina 1959, pp. 371-79; algunas ilustraciones.

El autor de esta nota se refiere a la temporada de excavaciones realizadas por la División de Arqueología del Museo de La Plata en la Quebrada de Juella (Prov. de Jujuy), en el año de 1958. Entre otras manifestaciones culturales exteriorizadas en el material arqueológico están las prácticas funerarias, habiéndose observado varios tipos de

criterritorios, tanto de párvulos como de adultos. Es así como en una de tantas "viviendas" se encontró, sobre el piso, una serie de piezas de alfarería y entre ellas urnas pintadas, una de las cuales contenía el cráneo en estudio. Este se hallaba orientado con la cara hacia abajo, la mandíbula bien articulada. Debajo de la urna, en una cista, se encontró un esqueleto decapitado de mujer que guardaba entre los huesos de la pelvis los restos de un feto.

El autor declara que es difícil atribuir al esqueleto el cráneo encontrado en la urna, aunque ocupaba la misma habitación. Esto se debe a que los cráneos trofeo del área en estudio corresponderían, según Vignati, a individuos del sexo masculino con exclusión absoluta del opuesto.

En cuanto al cráneo, éste ofrece la deformación tabular oblicua, presenta mutilaciones post-mortem que consisten en la ablación de la concha del occipital dejando un gran agujero que amplía el foramen magnum. Otra perforación ha sido hecha en la bóveda, sobre la línea media y en su punto culminante.

El autor termina estableciendo la asociación del cráneo encontrado con la Cultura Humahuaca, "período posterior" de Bennett, (1948), en todo caso anterior al impacto incaico.

A propósito del trabajo que hemos reseñado, queremos añadir que en el Ecuador no han sido encontrados hasta el día de hoy cráneos con perforaciones ni terapéuticas ni étnicas, y esto a pesar de su estrecha vinculación con el incario.

Antonio Santiana.

COMAS, Juan: Datos para la historia de la deformación craneal en México; Separata de Historia Mexicana, N° 36, México D. F. 1960, pp. 509-20.

El autor empieza haciendo la historia sumaria del cráneo Natchez, originario de la cuenca inferior del Mississippi. Señala que del mismo se han ocupado desde Morton —por cuya configuración le dió el calificativo de "incredibly high", hasta Imbelloni y Dembo, que lo adscribieron al tipo "brachicephali artificiali eretti en grado extremo".

Posteriormente se ha atribuido este tipo a un cráneo procedente de la misma región, otro de Trujillo (Perú), el de la colección de Bologna descrito por Vram, el presentado por Gosse en 1861 a la Société d'Anthropologie de Paris, procedente de una caverna situada al extremo del valle de Ghovel en el estado de Chiapas, México.

Luego se ocupa el autor de las clasificaciones que Gosse hizo de la deformación cefálica intencional, enumerando con cierto detalle los cinco tipos principales propuestos por el mismo autor en 1861.

Termina ocupándose de un último cráneo, también descrito por Gosse, encontrado en Oaxaca, el cual presenta "extraordinaria deformación bitemporal" o "deformación biparietal", según Comas.

Antonio Santiana.

COMAS, Juan: La deformación cefálica intencional en la región del Ucayali, Perú. Separata de *Miscellanea*. Paul Rivet, México 1958, pp. 109-119.

Comienza el diligente autor dando cuenta de los trabajos existentes sobre la materia en esa área, en primer término el de W. C. Farabee, realizado en 1906-1907 sobre los Conebo y Sipibo del Ucayali, y afluentes, quien constató la presencia de esta costumbre entre las mencionadas tribus. Luego se refiere a la conocida obra de Dembo e Imbelloni "Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico", donde los autores establecen la presen-

cia de la deformación tabular oblicua entre los pueblos amazónicos del Perú oriental, los Sipibo entre otros.

Con motivo de un viaje al Perú, el autor tuvo en septiembre de 1954 la oportunidad de trasladarse a la región ocupada por dos aldeas Shipibo y una Cashibo, establecidas junto al río Aguaytia y la laguna Yarinacocha, respectivamente. Pudo entonces observar la presencia de la deformación cefálica intencional entre los niños de los poblados Shipibo, y encontrar entre los Cashibo un niño que llevaba puesto el aparato deformador.

Comas se opone con razón al aserto de Steward-Métraux según el cual el aparato es llevado por el niño sólo cuatro días después del nacimiento. Es en cambio razonable y exacto el periodo de cinco o seis meses señalado por Farabee. El tipo de aparato deformador que está actualmente en uso es el descrito por Farabee e Imbelloni como apropiado para producir la deformación tabular oblicua: tableta de madera aplicada sobre la frente y venda en la región occipital.

En la segunda parte de su trabajo se ocupa el autor de la sistemática de los modelos deformatorios, empezando por las clasificaciones de Morton, Gosse, Broca, Topinard y Virchow del siglo pasado. Sigue luego a examinar las de Hrdlicka y T. D. Stewart, señalando los numerosos y variados tipos descriptos por éste.

Se ocupa por fin de la clasificación propuesta por Imbelloni y aceptada por R. Martin en el *Lehrbuch* con sus cuatro tipos: tabular oblicuo y erecto y anular con sus variedades oblicua y erecta.

Comas constata que existen evidentes discrepancias en cuanto al número, nombre y definición de los modelos de deformación cefálica, y sugiere que la unificación de criterios podría ser uno de los objetivos inmediatos del "Comité international pour la standardisation des méthodes anthropologiques". Reconoce que hay una evidente diferencia entre los modelos tabulares oblicuo y erecto, cuyas variacio-

nes intermedias el propio Imbelloni las explicó satisfactoriamente.

Sin subestimar la importancia de la sugestión de Comas relacionada con la sistemática de la deformación craneana intencional, el valor de su aporte reside en la constatación, in vivo, de esta antigua práctica que a priori podría creerse ya desaparecida.

Igual que la observación que en 1904 hizo Rivet entre los indios Colorados del Ecuador.

Antonio Santiana.

CHERTUDI, Susana: Cuentos Folklóricos de la Argentina (Primera serie), Introducción, clasificación y notas. Buenos Aires, 1960

Se trata de una recopilación de cien cuentos populares del Folklore argentino, recogidos en sus propias fuentes por los recolectores del Instituto Nacional de Filología y Folklore del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación, por recolectores voluntarios y por maestros de escuela que respondieron a una Encuesta Folklórica del Magisterio organizada en 1921, por el Consejo Nacional de Educación.

Las cien versiones de cuentos folklóricos argentinos están clasificadas científicamente de acuerdo con los sistemas de Aarne-Thompson y del Instituto Nacional de la Tradición Argentina creado en 1944. En su conjunto se detalla así: 34 versiones de cuentos de animales; 18 versiones de cuentos maravillosos; 3 versiones de cuentos religiosos; 39 versiones de cuentos humanos, y 6 de cuentos de fórmula.

La introducción de la folkloróloga Susana Chertudi es un erudito planteamiento de la historia de las investigaciones del cuento folklórico universal y de las clasificaciones que afirmaron sus pioneros, para de esa manera coordinar, relacionar y explicar parecidos, influencias y tal vez coinci-

dencias entre los contenidos de los cuentos que corren de boca en boca y de generación en generación, en los diversos pueblos del orbe, sean éstos criollos o autóctonos. Naturalmente, este fenómeno folklórico abre sus puertas a las investigaciones, deducciones y elucubraciones de antropólogos, etnógrafos y sociólogos, invitando a hacer luz sobre los complejos del pasado remoto.

Hay que anotar, en esta oportunidad, la muy encomiable labor del Instituto Nacional de Filología y Folklore del Ministerio de Educación de Argentina, por la labor fecunda que viene realizando en su campo de acción y por los denodados esfuerzos que ha empeñado para que se publique la primera serie de "Cuentos Folklóricos de la Argentina", recurriendo hasta "a la generosa colaboración de instituciones y particulares que conocen y valoran la obra que cumple" el Instituto. Y frente a la realidad ecuatoriana, en prolongado lapso de olvido, merece encomiable mención el Ministerio de Educación y Justicia de la Nación Argentina, porque su preocupación concreta sobre los valores intrínsecos del folklore nacional se remonta al año 1921, en la ocasión en que hizo la Encuesta Folklórica del Magisterio y reunió un archivo potencial rico y valioso que sigue surtiendo de material folklórico a quienes no tienen la posibilidad de emprender investigaciones directas; pues en esos legajos de archivo se informa que solamente en cuentos populares hay más de 2.000 versiones.

Sin menoscabar el mérito de los recolectores que concurren con las cien versiones al libro de "Cuentos Folklóricos de la Argentina", es muy encomiable la labor de Susana Chertudi, por su magnífica introducción que orienta claramente a los poco iniciados en la cuentística folklórica y también por sus notas eruditas que se complementan con abundante bibliografía de Argentina, América y España, sin olvidarse de las fuentes populares de la literatura universal.

Dario Guvare.

EVANS, Clifford and MEGGERS, Betty: Archeological Investigations in British Guiana; Smithsonian Inst. Bureau of American Ethnology, Bull. 177, Washington 1960; 418 págs., 68 lám., numerosas figuras, mapas y cuadros.

Es éste un detallado estudio de las investigaciones arqueológicas realizadas por Evans y Meggers durante la temporada 1952-53 en la Guayana Británica.

Después de hacer una rápida historia de los pocos estudios hechos hasta el día sobre la materia en Guayana Británica, los autores pasan a describir su itinerario y las condiciones geográficas de los lugares en que se hizo la investigación.

El primer grupo de elementos culturales que se describe corresponde al horizonte precerámico. En este aspecto muy poco se conocía en Guayana, limitándose todos los materiales a unos pocos ejemplares líticos, encontrados ocasionalmente, que se custodian en el Museo de Guayana Británica y que consisten especialmente en puntas de proyectil.

Durante las excavaciones Evans y Meggers sólo encontraron elementos precerámicos en Tabatinga, Sabana Rupununi. Se trata de artefactos no bien definidos, fragmentos de piedras con trazos de tallado, cuyas características y asociación a otras culturas similares sudamericanas se citan aquí.

A continuación se detallan las distintas fases culturales estudiadas en cada una de las regiones visitadas: Las Tierras Bajas del N. O.; el Río Abary; la Floresta Húmeda del Alto Essequibo y la Sabana Rupununi.

En la primera de las regiones, Tierras Bajas del N. O., los autores detallan los antecedentes y sus propias investigaciones en seis sitios de la Fase Alaka. A continuación se hace un análisis de los materiales excavados. Entre los objetos de hueso se describen leznas y punzones. Entre los materiales líticos se encontraron lascas y artefactos tales como

hendidores, martillos simples y para enmangar, azadones, picos de núcleos y de lascas. Así mismo figuran entre estos materiales de piedra raspadores, morteros y manos, sobadores y algunos ejemplares ya pulidos, tales como hachas, cinceles, metates y manos.

Pertenece también a la Fase Alaka un tipo de cerámica sencilla consistente en platos y tazas, cuyos fragmentos fueron recogidos en su mayor parte de la superficie y unos pocos en niveles de variada profundidad. La técnica empleada en la fabricación de la misma es bastante rústica. En esta fase se consideran tres períodos sucesivos: el primero precerámico, seguido por otro de incipiente cerámica y, finalmente, el período de contacto con Mabaruma, el siguiente.

El segundo período estudiado en esta región corresponde a la Fase Mabaruma, que pudo encontrarse en catorce sitios, cuyas características los autores detallan. En esta fase se encontraron solamente elementos de piedra y cerámica. Entre los primeros, machacadores, láminas y cuchillos, martillos, azadones, metates y manos y otros artefactos.

Al hacer el análisis de la cerámica se detienen los autores clasificándola en distintos tipos y analizando la pasta y forma de decoración y otros aspectos de la estructura y técnica de fabricación. Abundan los vasos con adornos antropo, zoo y ornitomorfos, con motivos incisos y modelados. Aparentemente esta fase es intrusiva en el N. O. del distrito y parece haber llegado del Orinoco. Tres períodos cerámicos se consideran en esta fase, una con predominio de caracteres Barrancoides, otro intermedio con modelado y algunas otras innovaciones decorativas y, finalmente, el período de contacto con la Fase Koriabo.

La Fase Koriabo está representada en cuatro sitios. Algunas pocas piezas liticas fueron excavadas: azada, hachuela, cincel, machacadores, láminas y cuchillos, manos, morteros y algunas piezas pulidas.

La cerámica de esta fase ha sido clasificada en tres tipos lisos y dos con decoración, incisa una y raspada la otra. Los motivos incisos reproducen formas en V algunas veces combinadas con ribetes graneados. Koriaba raspada presenta anchas y poco profundas incisiones hechas con instrumento aserrado, combinándose con aplicaciones de los motivos antes mencionados.

A continuación los autores hacen una revisión rápida de lo estudiado en las tres fases que anteceden, asociando o estableciendo puntos de comparación con elementos de de otros lugares de América.

En la zona del Río Abary fueron estudiados tres sitios pertenecientes a la Fase Abary, obteniéndose numerosas muestras de las excavaciones estratigráficas realizadas. En materiales líticos se obtuvieron hachas, azadas, cuentas, martillos, manos, metates, piedras de moler, núcleos y astillas. La cerámica es del tipo liso y decorado inciso y modelado.

En el Alto Río Essequibo además de objetos líticos se hallaron petroglifos y cerámica pintada, cuya frecuencia en los lugares excavados figuraron en una tabla especial. Estas muestras pertenecen a la Fase Taruma.

Asimismo la segunda fase, Wai Wai proporciona cerámica pintada e incisa y algunos artefactos de piedra mezclados con objetos de origen europeo.

La Sabana Rupununi, con su Fase Rupununi ofreció abundancia de cerámica, cementerios y artefactos líticos.

En un capítulo final los autores presentan las interpretaciones y conclusiones de sus investigaciones en Guayana Británica, estableciendo comparaciones y asociaciones entre las distantes fases.

Buena parte de la obra es un nutrido Apéndice de tablas, donde figuran las frecuencias de los diversos elementos hallados en cada fase. Asimismo numerosas fotografías ilustran al lector acerca de la naturaleza de los lugares en

que se realizaron las excavaciones y exponen gran número de los objetos hallados.

La bibliografía es también valiosa, pues se dan a conocer aquí las investigaciones predecesoras —algunas del siglo pasado— en las mismas regiones visitadas por Meggers y Evans.

María Angélica Carluci.

GANGOTENA Y JIJON, Don Cristóbal de: Al Margen de la Historia. Leyendas de pícaros, frailes y caballeros (2ª Edición) Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1960.

La primera edición de esta obra se hizo en 1923. La acogida que tuvo fue extraordinaria y pronto llegó a agotarse, alcanzando precios extraordinarios entre las manos de los libreros y los bibliófilos. Ahora, la Casa de la Cultura ha satisfecho la demanda largamente esperada, mediante una edición popular y, consecuentemente, barata.

"Al margen de la Historia", título explicado por el epígrafe, en sustancia es un conjunto de leyendas históricas ecuatorianas redactadas literariamente, sobrepasando los contornos de la tradición y, muchas veces, internándose en las citas históricas que confrontan fechas, hechos y escenarios perfectamente definidos. Y muchas veces, como en el caso de "La Virgen de la Empanada", resucita tradiciones muertas, recogiendo un dato que González Suárez lo da por cierto, en el Quito colonial, y luego Don Cristóbal se recrea con el juego de su imaginación y la graciosa forma de su estilo.

Si juzgáramos con el criterio folklorista de estos tiempos, diríamos que "Al margen de la Historia" tiene de tradición solamente la base y que la obra se alza entre encajes de buena imaginativa, de estilo ágil, de gracia festiva

y de hábil escarmenada de la historia. Quizá por esto se le llegó a llamar el Ricardo Palma Ecuatoriano, por más que sea relativamente escasa la recopilación. Pero, si nos remontamos a la época de su aparición, es evidente que el libro cumplió su finalidad esencial y, lo que es más, se ganó el aplauso de la crítica y la codicia de los lectores.

Estas leyendas de pícaros, frailes y caballeros, arrancan sus noticias desde la mitad exacta del siglo XVII hasta la tercera década del siglo XIX, en 25 relatos. Comienza con la popularísima leyenda quiteña de "El Cucurucho de San Agustín" que hasta ahora refresca la memoria en un retazo de la calle Flores. Siguen otras graciosas, picarescas, seudorreligiosas, linajistas y patrióticas, que llegan a los umbrales de la república: "Simplicidad evangélica", "Un hidalgo a carta cabal", "Sacrilegio", "Más pobre que Cristo", "Los Artículos de la Fé", "El Descabezado de Riobamba", "Cosas de Su Ilustrísima", "La Virgen de la Empanada", "El Hermitaño de Riobamba", "Toma por patriota!", "Los amores de Sucre" y "El paso del Rubicón" que se relaciona con Bolívar.

El autor explica: "Esta colección de leyendas de pícaros frailes y caballeros de antaño, que te ofrezco, lector, —dice— no tiene otra pretensión que la de divertirte un rato. Son cuentos tradicionales de tu tierra. Están escritos al margen de la Historia; para formarlos, he recogido, como pobre, aquellas migajas que, desechadas por los historiadores graves, mesurados y sesudos, caen de su mesa solemne". Sin embargo —agreguemos— esas leyendas que parecen cuentos completan la fisonomía de la Historia. ¿Qué sería la historia antigua de Grecia sin su Mitología? Y ¿qué sería nuestra prehistoria sin esas tradiciones recogidas por nuestro protohistoriador Juan de Velasco?

Y volviendo al comienzo, diremos que la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha obrado con acierto al reeditar esta obra de Cristóbal de Gangotena y Jijón, y en condiciones de accesibilidad al pueblo. Antes era libro de privilegiados, en

contraposición a la sustancia popular de su contenido. Es tiempo ya de devolver al pueblo lo que es del pueblo, en éstas y otras expresiones del legado de sus mayores.

Dario Guayara.

IMBELLONI, José: Civiltà Andine. Creazioni Plastiche e stili degli antichi popoli delle Ande; 367 págs., numerosas ilustraciones. Editrice Sansoni. Firenze, Italia, 1960.

Desde la época del descubrimiento de América la unidad de la civilización andina, que se integra en el territorio comprendido entre la Cordillera de las Andes y el Océano Pacífico y entre el paralelo 1º y el río Bío Bío, fue vista con notables diferencias entre sus componentes y los restantes habitantes del continente sudamericano. Estas diferencias radican en la raza, la cultura y la lengua, elementos que son aquí analizados sucintamente.

Algunos aspectos sociales y mentales de los pueblos andinos, desde los Araucanos al sur hasta los Mayas al norte, prácticas mágicas y religiosas, concepción del mundo y del espacio, son tratados en este primer capítulo.

En el siguiente capítulo se aborda la actividad arquitectónica de los pueblos andinos, con sus creaciones exclusivas: ciudades, pirámides, fortalezas, palacios y templos. Se analizan las características de los muros, aberturas de puertas, ventanas y los techos y se describen detalles de algunos monumentos como la torre de observaciones de Wiñay-Waiña, las ruinas de Machu Picchu, los **kulpi** de Cauta Marca, los **chulpas** de Maukka Llajta, Mallko Amaya y otros. Asimismo se estudia la naturaleza y características de las chulpas.

Quedan aquí descritas ciudades como Machu Picchu, Cuzco, Chan-Chan y Ollantaytambo, el trazado de sus ca-

lles y disposición de ciertos edificios. El Palacio del Inca en la Isla del Sol (lago Titicaca), el Templo de la Luna y algunos más. Monumentos religiosos como el Templo de Pachacámac; monumentos terrazados con las características propias de las pirámides peruanas, entre ellos algunos de Pachacámac, la Huaca Juliana, Huaca Trujillo y el grupo Maranga y otros de arquitectura militar como el Sacsahuaman, la fortaleza de Paramonga, se comentan aquí destacando sus características más sobresalientes.

El capítulo más amplio de la obra está dedicado al estudio de la cerámica. Elocuentes palabras de Imbelloni expresan "que por medio de la cerámica más que cualquier otro vehículo, los pueblos andinos han podido comunicar a los hombres de hoy la expresión de su sensibilidad y la riqueza de su inspiración".

Este capítulo está especializado en el estudio de la cerámica peruana, de la cual se cuenta con mayor documentación, criterio que adopta el autor para cada uno de los otros aspectos que trata.

Recuerda las distintas etapas seguidas por los estudios arqueológicos y luego entra en detalles en ciertos tipos como las urnas funerarias, las de carácter utilitario a lo largo de toda la fascia andina. Especial atención dedica a las considerables variaciones estilísticas del Perú, no sin antes recordar al lector las divisiones fisiográficas de esta área andina, las áreas estilísticas y la sucesión de los estilos y, asimismo la parte más representativa de la historia de la arqueología peruana. Detalladamente están descriptos los estilos Cupisnique, Chavín, Salinar y Virú. El estilo Mochica, los vasos-retrato, el estilo Nazca y la figura gorgónica. El autor profundiza la tan interesante discusión interpretativa en torno a la "extraña" figura gorgónica de la cerámica Nazca. Analiza también el estilo de Paracas, de la cerámica Recuay, Chimú y Chancay, los estilos de Tiahuanaco y la cerámica inca con su típico aríbalo.

A continuación un nuevo capítulo está dedicado al estudio de la escultura y pintura andinas, cuya más abundante documentación proviene, según el autor, de Colombia, del conocido arte de San Agustín. Se establecen algunas relaciones entre Perú, Ecuador y Colombia respecto a ciertas figuras femeninas esculpidas en piedra, en la posición de las figuras femeninas de las estelas de Manabí. Varias otras esculturas son también descritas y, en especial, la estela Raimondi cuyas distintas interpretaciones se resumen aquí. Asimismo nos presenta también comentarios de la estela de Chavín de Huantar y la escultura Cerro de Sachín. Detalles de la Puerta del Sol de Tiahuanaco y las distintas interpretaciones acerca de la escena en ella representada; la estatua monolítica llamada "el Fraile" y la "estatua" de Tiahuanaco.

La manifestación pictórica se muestra en las distintas etapas de su desarrollo en la cerámica y en algunos paneles que decoran ciertas construcciones dedicadas al culto, como en el templo de Pachacámac y el fresco de la Pirámide de la Luna en Moche.

Varias páginas dedica el autor a la descripción del tejido en el Perú, materia prima, tratamiento y teñido de las fibras, el telar y accesorios, la decoración en los tejidos, el arte plumario y otros aspectos de importancia, ilustrándose con ejemplos únicos del arte textil andino, como el 'manto' de la Necrópolis de Paracas.

El capítulo VI está dedicado a la metalurgia y orfebrería, fijando su atención en la zona habitada por los Muisca o Chibchas de Colombia. Se describen técnicas de orfebrería y elementos del arte Calima, Quimbaya, Muisca y Tolima. Asimismo se destaca el arte de los artistas peruanos en el laboreo de los metales, tanto del oro, como la plata y el cobre, arte que también fue conocido en Chile, Argentina, Bolivia y Ecuador.

De importancia capital es uno de los últimos capítulos donde se señala la propagación e influencias de la civi-

lización andina, dando a conocer el itinerario de ciertas manifestaciones de importancia como los estilos cerámicos. Elementos de la cordillera de Mérida, en Venezuela occidental, Maracá y Marajó en la boca del Amazonas, Oyapóc y Cunaní, así como también del Napo en el Ecuador son analizados en sus características, anotando sus posibles relaciones. También se señalan las principales características del arte cerámico del N. O. argentino.

En el último capítulo el autor expone en forma historiada las distintas doctrinas y juicios emitidos para establecer el origen y correlaciones del arte andino.

Algunos mapas ilustran sobre la distribución de ciertas manifestaciones culturales como fortificaciones y distribución de la terracota. Un glosario y buen número de notas bibliográficas y aclaratorias completan la obra, que se halla abundantemente ilustrada.

El libro que comentamos sintetiza los elementos más sobresalientes del arte de los distintos pueblos andinos enfocados con sentido crítico y criterio etnológico, más el aporte de los juicios emitidos por el autor, que conoce a fondo el tema que aborda.

María Angélica Carlucci

REVISTA COLOMBIANA DE FOLCLOR, Organo del Instituto Colombiano de Antropología; Vol. II, N° 4. Vol. II, N° 5. Epoca Segunda, 1960.

Estas dos entregas, al igual que las anteriores, nos ofrecen un precioso material folclórico, fruto del cuerpo de investigadores de esta rama del Instituto Colombiano de Antropología que dirige el muy conocido escritor y antropólogo, doctor Luis Duque Gómez.

El N° 4 comienza con un estudio de Luis Florez sobre el Habla Popular de Santander, y como siempre el señor Flórez trata interesantemente estos temas, nos hace pensar que el Instituto Colombiano de Antropología cuenta con es-

pecializados para la ardua e impostergable empresa de investigar los valores de la tradición y la cultura nacional.

Sigue otro estudio orgánico sobre la Fiesta de San Francisco de Asís en Quibdó, por Rogerio Velásquez, luego otro sobre las Coplas de la Tierra de los Cómuneros (Socorro), por Sergio Elías Ortiz; y otro más de Notas sobre Arriería, por Ramiro Lamo Arenas. De inmediato se llega a Leyendas y Cuentos de la Raza Negra o —como dice el subtítulo— Leyendas del Alto y Bajo Chocó. Se trata de un conjunto de versiones que, en algunos casos, tienen relación directa con el Ecuador. Tal es el de "El piso de Tumaco" constituido por el cuerpo de una ballena que "nació arriba del Daule y Babahoyo, cerca de los volcanes" y bajó por la corriente de las aguas "aruñando las lomas", hasta tomar el agua mansa que le llevó a su sitio de Tumaco. Pero hay otras leyendas y cuantos que también andan por acá, centenariamente, lejos de los centros del color, en nuevas versiones: verbigracia "El buque fantasma", "El duende", "La Mula de Semana Santa" y "Juan sin Miedo". En cuanto a "Piel de Asno", sería de averiguar hasta qué punto concuerda con el cuento de igual título recogido y narrado por Perrault. Estas circunstancias nos hacen pensar que las "Leyendas y cuentos de la raza negra", cuidadosa y metódicamente recogidos y ordenados por el señor Velásquez en el Alto y Bajo Chocó, invitan al folclorólogo a investigar y descubrir sus posibles orígenes y sus áreas de tradición o aclimatación.

Hay otros valiosos estudios más: Dos Melodías Aborígenes del Chocó, por Fabio González-Suleta; Experiencias de una Excursión Folklórica, por Andrés Pardo Tovar; La Mochila de Fique, por Alicia Dussan de Reichel; Recuerdos folclóricos de la Población de San Agustín, por Milina Muñoz V., y ese interesante Informe sobre el Festival Folclórico de Ibagué, que firma Sergio Elías Ortiz y nos da una norma de cómo se procede para coronar con éxito una empresa de investigación de los hechos folclóricos.

Finalmente, este número 4 se cierra con una serie de Comentarios Bibliográficos de extensión y variedad, a cargo de Sergio Elías Ortiz y Francisco Márquez Yáñez, empresa que se paga con nuestra gratitud, por figurar en ella una hermosa nota de estímulo sobre "Un niño tras de su Estrella", de Darío Guevara.

El N° 5 trae, asimismo, valiosos estudios y valiosas cosechas de una investigación folclórica sistematizada. Cantares de los Tres Ríos, de Rogelio Velásquez M., reúne 750 coplas agrupadas por temas; y el mismo autor agrega un capítulo de "Adivinanzas del Alto y Bajo Chocó" en número de 312 ejemplares clasificados. Ambos trabajos, precedidos de notas explicativas y con apéndices, dan para un libro de más de 120 páginas.

Aparte de las Observaciones Generales sobre la Pronunciación del Español en el Departamento de Bolívar, hay dos estudios más que nos hacen ver la necesidad de estudiar el desenvolvimiento de las pequeñas industrias, notables en sí por la calidad de su arte propio. Nos referimos a la Industria del Corozo Colorado en el Sinú, del estudio de Víctor Manuel Patiño y a la Industria del Sombrero de Paja Toquilla, del de Milina Muñoz V.

Esta última industria como se anota en la introducción del estudio, fue llevada del Ecuador por el ecuatoriano Juan Vivanco, "hace más de un siglo". Y ahora se halla extendida por los Departamentos de Nariño, Huila, Santander y otros, solamente que los pobres que manejan la fibra por allá padecen pobreza como los de por acá.

No podemos terminar esta nota sin alabar al Instituto Colombiano de Antropología por la obra de su laboriosa Sección de Folclor y por la Revista Colombiana de Folklor que recoge y reparte las reliquias de la tradición de su pueblo.

Darío Guevara.

VIDART, Daniel D.: Sociología Rural. Salvat Editores, Barcelona, 1960. (Colección Agrícola Salvat) 1º tomo: pp. 1-724; IIº tomo: pp. 725-1380. c/465 ilustrs.

Están de parabienes Daniel D. Vidart y la Editorial Salvat por esta obra. La he visto hacerse, en Uruguay, en mis casi diarios encuentros con el autor, amigo de viejos años. No podía, sin embargo, alcanzar a tener de ella una visión de conjunto como la que ahora se presenta al público.

Me refiero, antetodo, a dicha visión de conjunto, porque su efecto sobre el lector, en este caso, es fundamental para la valorización crítica. Aquí no estamos frente a una monografía de campo, un ensayo de interpretación o aun, digamos, el estudio de algunos pocos aspectos teóricos del problema, sino ante una auténtica enciclopedia de sociología rural. Asombra la erudición de Vidart y el aliento que tuvo para llevar a cabo estas 1.380 páginas.

Preocupado con su enfoque enciclopédico del tema, Vidart elaboró, a manera de introducción, varios capítulos sobre Sociología General, ubicándola en "el reino de la ciencia", conceptuando "sociedad", "hecho social" y la "Sociología" misma. Escribió, hasta ahí, cerca de 200 páginas, lo que equivale a decir, un verdadero manual de Sociología General, que bien pudo haber sido presentado aparte. Sin embargo, no quiso hacerlo así el autor, insertándolo como proemio a su Sociología Rural.

En adelante, comenzó propiamente el objeto de su estudio, estructurándolo en los siguientes capítulos:

Cap. V.— La Sociología Rural.

Cap. VI.—Desarrollo y tendencias de la Sociología Rural.

Cap. VII.—Ciudad y campo.

Cap. VIII.—Medio geográfico y vida rural.

- Cap. IX.—Las Sociedades pastoriles.
- Cap. X.—Las sociedades agrícolas.
- Cap. XI.—La población rural.
- Cap. XII.—Tipología y psicología rurales.
- Cap. XIII.—La vivienda rural.
- Cap. XIV.—El poblado rural.
- Cap. XV.—La cultura rural.

Las características específicas de este libro, pues, frente a otros libros del mismo género son, indudablemente, aquellas que lo califican como un texto altamente recomendable al universitario (estudiantes y profesores) y al lector en general. Me aventuro a pregonar su imprescindibleidad en las bibliotecas (públicas y particulares) de Ciencias Sociales.

Dicha importancia pedagógica, además de residir en la mencionada estructura temática adoptada, radica en los apéndices de cada capítulo, compuestos de "Selección de textos", "Notas", "Análisis y discusiones", "Investigaciones y trabajos prácticos" y "Bibliografía general". A la par, el vigoroso estilo de Vidart imprime a la lectura un gusto de extraordinaria belleza. Se le podría condenar, una vez más, en su vida de escritor, por escribir poéticamente temas que, por su misma naturaleza, requieren absoluta objetividad. Sin embargo, este Azorín de la Sociología, en esta obra no perjudica la ciencia porque se dirige, sobretodo, al pueblo y a los estudiantes. Por otra parte, cree sinceramente que ser fiel a sí mismo es el mejor modo de ser sincero al lector. "Yo no he querido —confiesa— ni he podido renunciar a la manera común que tengo de decir las cosas. Mi estilo vital, mi vibración íntima, mi condición humana afloran de continuo en sus páginas". Con esta concepción, compone imágenes así:

—"Quien se enfrenta con el problema de definir la sociedad se halla poco menos que, como Teseo, con el Minotauro al frente y el Laberinto en derredor." (p. 74).

—“El sociólogo, para orientarse en esta selva oscura, debe buscar un Virgilio, y el guía inicial no es otro que el de la etimología.” (p. 74).

—“Una denominación incluida dentro del martirologio que ha padecido la terminología de las Ciencias del Hombre es ésta del hecho social.” (p. 173).

—“En el siglo XIX, cuando las marmitas sociológicas hervían a todo vapor con un gran guiso enciclopédico en su seno, las clasificaciones del hecho social fundamental asumieron los más diversos aspectos.” (p. 175).

—“La palabra inventada por Comte es un centauro filológico”... (p. 191).

—“**Sociovo!ezza**, otro fauno de rostro itálico y hendida pezuña latina”... (p. 192).

—“Toda ciencia nació urgida por la espuela de preocupaciones prácticas.” (p. 224).

Serían innúmeros los ejemplos... Pero donde el estilista Viart no pudo realmente controlarse, fue en esta sabrosa descripción de Río de Janeiro:

“Está edificada Río en la bahía más hermosa del mundo. Ciñe su frente una diadema de montañas verdes, grises y azules; su cuerpo viste una capa pluvial de árboles sinfónicos, de arbustos perfumados y de flores brillantes; cautiva su cintura un múltiple ceñidor de arenas, arenas blancas, arenas rojas, arenas amarillas, arenas finas y tersas como la pelusa de un fruto; y en la bahía de Guanabara sus brazos se abren una, diez, cien veces ante el Atlántico tranquilo.

Dentro de esa bahía se halla una pléyade de islas caídas no se sabe de qué astro esplendoroso en el amor de las aguas. Unas sostienen palmeras espigadas; otras enseñan apretados racimos de viviendas; otras soportan cilíndricos tanques de gasolina, que resplandecen como escarabajos bajo el sol; otras apacentan rebaños de rocas fabulosas, semejantes a los monstruos esféricos y ciegos que habitan los abismos del mar. Luego, ya en la costa, empinándose para mirar las playas de Ipanema, de Leblón, de Botafogo, de Flamengo, los **morros** levantan sus peludas jibas de drome-

darios en medio de vegetales densos, de cataratas de orquídeas, de florestas que resuman resinas capitosas. A la sombra de esos **morros** se fragmenta y se suelda a un tiempo una ciudad caleidoscópica, sorprendente, llena de contrastes arquitectónicos y jardines tropicales; una ciudad americana y cosmopolita, de rascacielos junto a tugurios, hija de Safet y nieta de Cam; una ciudad serenada por la luminosa sonrisa de los cielos y urgida por el crótalo de una serpiente botánica que azota sus flancos. Y en medio del lujo asiático de los rascacielos y de la técnica **yanqui** que los automatiza se hallan las miserables **favelas**.

Las **favelas** son las viviendas de los negros. Como enormes hongos se diseminan incluso en el propio centro de la ciudad y por la violencia de su contraste semejan deformes y fantásticos guijarros engastados en metal dorado.

Las **favelas** son tierra de nadie porque no existe allí propiedad. Sólo hay en ellas **mocambos**, esto es, caricaturas de viviendas, y negros con seda. Porque en las **favelas** no hay agua. El agua está allá abajo, en los **chafarizes**, las canillas abiertas al pie del **morro**, y hacia ella van las hormigas humanas, cargando recipientes vacíos o llenos, en incesante subir y bajar.

En cambio, cuando llueve, las **favelas** se derriten, literalmente hablando, se derrumban como terrones de azúcar moreno y resbalan hacia la ciudad palos, tiestos, ramas, cartones, despanzurradas latas de petróleo, retazos de arpillera, todo confuso y revuelto, **tudo misturado**, colmando las calles de Río con visiones de inundación o terremoto. Esa humana africanería recluida en los **gheitos** aéreos se incorpora, sin embargo, a la vida social y ciudadana de Río. Contrasta, sí, con el brasileño rico que, conduciendo su automóvil de lujo, asciende a la serrana ciudad veraniega de Petrópolis o busca el salado viento de las playas. Se codea con él en Cinelandia o en la avenida Getulio Vargas, sin que torpes prejuicios raciales los separen. Sin embargo, su cruel pobreza parece más evidente en la ciudad jerarquizada, donde la pirámide social traduce una gran distancia entre la base y el vértice.

Por una especie de ironía tutelar Río de Janeiro, pujante aún de fuerzas naturales, plena de paisajes planetarios, enseña una humanidad tremendamente diferenciada y al mismo tiempo confundida por la estructura centralizadora de su teoría urbana."

Entre tantas otras ideas a ventilar, sugeridas por la lectura de **Sociología Rural**, una realmente está en contra de mis convicciones. Las ciencias que estudian la vida rural, dice Vidart, son: 1) la Agronomía; 2) la Antropología Cultural; 3) la Geografía Humana y 4) la Ecología Humana. Me pregunto por qué no habrá incluido, en forma clara en este grupo, al Folklore, un Folklore especial que hasta podría llamarse Folklore Rural.

Paulo de Carvalho Neto.

VIGNATI, Milcíades Alejo: El hombre fósil de Mata-Molle; Notas del Museo de La Plata, T. XIX, Antrop. N° 70, La Plata, Argentina 1959, pp. 327-51; algunas ilustraciones.

El profesor Vignati, bien conocido por sus numerosos trabajos de morfología humana, se ocupa del material osteológico encontrado en el corte de la barranca del arroyo Mata-Molle, en la provincia de Neuquén, Argentina.

Los restos, conservados sólo en parte, corresponden no a uno sino a dos esqueletos, hombre y mujer. El proceso de destrucción, quizá por negligencia de personas profanas en el tratamiento de los materiales encontrados, había afectado principalmente al cráneo.

El estudio del lugar de hallazgo, realizado por Groeber (Geología del arroyo Mata-Molle, 1947), llevó al mismo autor a determinar que la edad mínima de tales restos "es de unos 6000 años antes de la actualidad".

Esto sitúa esos restos en el Paleolítico.

Parcial y cuidadosamente reconstruido, el cráneo permite un estudio determinado y exacto. Ofrece un estado de intensa fosilización. Su peso es mayor que el de los

ejemplares modernos. Presenta un tipo arcaico hasta ahora no encontrado en la Patagonia. Su sexo es femenino con la mayor probabilidad, y su edad oscila alrededor de los 35 años, y esto aunque las piezas dentarias que quedan presentan intenso desgaste. Por lo demás, está bien conservado. No hay deformación post-mortem, ni étnica ni patológica. Fuertemente alargado en sentido ántero posterior, es hiperdolicoocráneo (69.3) de acuerdo a la escala de Martin; alto, es decir acrocráneo (Martin) según el índice transverso-vertical. Su capacidad es relativamente grande: 1450 cc. Es elipsoides (Sergi) en la norma verticalis. La cara es corta y ancha. Los nasales un poco sobresalientes y el prognatismo leve. Visto en la norma occipitalis es pentagonal. El foramen magnum es grande y ancho y la bóveda palatina parabólica. La frente es elevada, los arcos superciliares delgados y salientes. De acuerdo al índice orbitario el cráneo es hipsicónqueo. Mesorrino. La mandíbula es pequeña, grácil, con mentón bien desarrollado, aunque sin prognatismo ni alveolar ni dental. El autor concluye, refiriéndose a la mandíbula: "Es, pues, la mandíbula de un hombre fósil por su antigüedad geológica, pero de una raza moderna por su inequívoca estructura".

Ya el examen de las fotografías del ejemplar sugiere cierta semejanza con el cráneo de Punín, a la que se une el diagnóstico de antigüedad de Groeber. Debemos hacer notar, sin embargo, que el cráneo de Punín, aunque indentificado al tipo Lagoa Santa, es platidolicocéfalo, en tanto el de Mata-Molle es hipsidolicocéfalo. Este, en todo caso, ingresa, por sus caracteres morfológicos de antigüedad, al tipo Lagoa Santa, al cual pertenecerían también los cráneos de Paltacalo descritos por Rivet (1908). Pero, como lo han hecho notar Newman, T. (1951), Mc Cown, T.D. (1950) y nosotros (Santiana, 1960), la ubicación en el tiempo del cráneo de Punín ha sido exageradamente llevada hacia atrás, aunque por sus condiciones de hallazgo y rasgos morfológicos bien merece ser situado en el Paleo-

indio. Según nuestra opinión, el hombre de Mata-Molle descrito por Vignati pertenece al Paleoindio, aunque en un período posterior al de Punín. Es, con toda seguridad, como el autor lo postula, un representante del tipo Lagoa Santa y constituye "una de las formas primigenias que poblaron Patagonia, en una época en la cual, todavía no era costumbre la deformación craneana".

Antonio Santiana.



EMILIO ESTRADA ICAZA

1916-1961

Cuando se hallaba próximo al pináculo de sus realizaciones científicas, el arqueólogo, Sr. EMILIO ESTRADA ICAZA, tuvo que suspender y dejar inconclusa una obra que, así, tiene ya una solidez granítica.

Prehistoriador por vocación surgida de la madurez de su personalidad realizó por esto precisamente, una entrega en la que a la fuerza de su emoción se une la originalidad de sus concepciones. Y no sólo esto. Fue al tiempo que arquitecto albañil de su obra, consagrada a rastrear las huellas de pueblos desaparecidos.

Autodidacta, era su personalidad síntesis armónica de intuición creadora y voluntad realizadora, entusiasmo y perseverancia. Fruto de tales virtudes sus trabajos, ya numerosos, tienen significación medular; sin ellos no habría sido posible el actual conocimiento prehistórico-arqueológico de la Costa ecuatoriana. Ahí está el Formativo a cuyo descubrimiento y estudio contribuyó poderosamente. Ahí sus trabajos sobre las culturas de Valdivia y Milagro, Guangala, Chorrera y Bahía. Nuevos métodos de investigación estratigráfica fueron adoptados por él, y la datación cronológica fundada en el Carbono 14 abrió nuevos horizontes al conocimiento de culturas extinguidas. Y las realizaciones que se anunciaban, los trabajos en ejecución a lo largo de la faja costanera eran de tal magnitud que habrían consagrado definitivamente su obra.

Creemos por esto que la muerte de Emilio Estrada, sobrevenida en forma tan absurda e inoportuna, cuando su ímpetu creador avizoraba nuevos y abiertos horizontes, representa una pérdida irreparable —permítaseme la expresión— para la Arqueología de América y la ecuatoriana en particular. Porque Estrada, puesto por azar en el camino de la investigación arqueológica, cumplió esta tarea no sólo con amor sino con ejemplar sentido de responsabilidad. Movido por su afán de conocimiento y buscándolo en las fuentes mismas en que se producen los hechos, logró, gracias a un proceso mental depurado de fantasía inscribir su nombre en la trilogía ecuatoriana eterna, junto a González Suárez y Jijón y Caamaño. Y fue así que merced a su gigantesco impulso, como también a la abundancia de los recursos materiales con que contó, vimos agigantarse una obra surgida de la nada y su nombre circular entre libros y academias científicas. Y el Ecuador, encrucijada de la América prehistórica, redescubierto, llegó a ser centro de atracción y estudio.

Antonio Santiana.